

seleccionados para las entrevistas. Ello, no obstante, es un riesgo que es necesario afrontar en la investigación y que no agota, naturalmente, toda la historia de la región. En cuanto al segundo aspecto, el autor asume un propósito con relación a los destinatarios de la investigación, la cual va dirigida no sólo al mundo académico sino también a los grupos populares. Como el autor lo expresa, se trata de una "devolución", de un retorno de la investigación a los sectores populares que contribuye a revivir su memoria histórica, útil para su presente y su futuro.

BERNARDO TOVAR Z.

*ALFREDO MOLANO: LOS AÑOS DEL TROPEL*, Bogotá: CINEP-CEREC 1985.

Pocos períodos de la historia de Colombia han logrado concentrar el interés de tantos investigadores como el comprendido entre los años 1946 y 1964, durante el cual se destacó esa especie de guerra civil no declarada y bautizada como *La Violencia*. Ya en el año 1962, antes de que se hubiera declarado oficialmente concluido el fenómeno, la comisión integrada por el clérigo Guzmán, el sociólogo Fals Borda y el jurista Umaña Luna intentó una explicación de lo sucedido, en el primer volumen de su obra *La Violencia en Colombia*. Desde entonces, como afirma Alejandro Ángulo en la nota bibliográfica que acompaña al texto que aquí reseñamos, no menos de setenta títulos han tenido que ver con ese período, ya como objeto directo de estudio, ya como referencia obligada de la historia reciente del país. Los autores de esta abundante bibliografía representan un amplísimo abanico de disciplinas, tendencias e inquietudes, por lo cual difícilmente puede decirse que exista alguna perspectiva o metodología que no se haya adoptado, aspecto que no se haya tocado o interpretación que no se haya intentado. Pero el tema parece inagotable, tanto que la obra que Alfredo Molano le dedica resulta en verdad novedosa no obstante lo numeroso y variado de sus antecesores.

En cierto modo, lo primero que salta a la vista en *Los años del tropel* es la audacia que exhibe su autor para desafiar los cánones académicos. En efecto, no deja de ser curioso que un sociólogo, como es Molano, se niegue a someter el producto de su trabajo de campo a una "...carnicería estadística (que) convertiría la Violencia en un fenómeno de redistribución de tierras o en un tejido de hipótesis acerca del juego político, sin que a la mayoría de los 200.000 muertos les hubiera tocado mucho de lo primero ni hubieran entendido nada de lo segundo" (Molano, p. 31). Imbuido de este criterio, Molano se propone hacer la historia de las

masas anónimas que protagonizaron la Violencia —unos en calidad de víctimas, otros como verdugos— sin haber podido entender jamás por qué tuvieron que vivir lo que vivieron, aunque todos fueran portadores, en últimas, de una herencia cultural (en un sentido muy amplio que incluye lo económico, lo político, lo social, lo religioso, etc.) que hizo posible el acaecimiento de esos hechos y el ensañamiento que los caracterizó. Se trata, entonces, de un intento de hacer la historia desde abajo, desde la vivencia de quienes la padecieron, valiéndose del método más directo para lograr este tipo de empeño: la entrevista. El autor se adentra, pues, por los caminos de la historia oral, claro que con un estilo bastante poco convencional: en lugar de presentar la transcripción fiel de testimonios interminables o de partes de ellos seleccionadas con algún criterio determinado, Molano aventura una propuesta formal llena de albrures pero también de atractivos: *la creación de personajes colectivos* arraigados en la realidad de muchos relatos cuyos elementos esenciales se repiten con cierta regularidad.

En la introducción de la obra, Molano explica con claridad y rapidez las razones que lo indujeron a optar por un método tan original como riesgoso. No vamos a tratar de seguir muy de cerca el hilo de su argumentación porque creemos que el resultado habla por sí solo. Los seis personajes que logra construir son otros tantos arquetipos que representan con fidelidad a vastos sectores de colombianos que vivieron los episodios desgarradores que allí se narran. Pero no hay que entender aquí el término arquetipo en un sentido peyorativo que pueda connotar rigidez o esterilidad; por el contrario, la gran virtud de Molano está en insuflarle a sus creaciones una calidad vital que se manifiesta en su lenguaje, en las sutilezas de su psicología, en el complejo universo ético que cada uno representa, en la riqueza de detalles de la que sus memorias hace gala. Mediante esta técnica, el autor reconstruye, ante los ojos asombrados del lector, el hondo sentido del drama tal y como lo vivieron sus protagonistas, a lo largo de seis relatos llenos de volúmenes, de medias tintas, de elementos contradictorios, en fin, de sabor de realidad.

Se dirá que estamos hablando de literatura. Sí, en cierto modo, pero no de literatura de ficción. Molano hace literatura en la medida en que está trabajando con un género que demanda altas dosis de sensibilidad de imaginación, de técnica narrativa y de manejo de lenguaje; pero al mismo tiempo se nutre de fuentes que están directamente comprometidas en los hechos narrados y, sobre todo, respeta rigurosamente el sentido de los testimonios que esas fuentes le proporcionan. La obra, por lo tanto, no sólo forma parte con pleno derecho del panorama historiográfico sobre la Violencia, sino que además ocupa en él un lugar destacado, al revelar aspectos íntimos del conflicto a los que difícilmente se podría acceder por los medios convencionales de una práctica científica más ortodoxa.

La ausencia de hipótesis explícitas no le impide al lector encontrar elementos explicativos en los relatos que conforman la obra; pero a diferencia de las causalidades simples y acaso demasiado mecánicas que suelen develarse por medio de hipótesis formularias, el modelo que aquí se propone dejar entrever conjuntos de motivaciones de complejidad sólo comparable con la magnitud y la intensidad de los hechos a los que dieron origen. Así, el conflicto político —aunque siempre presente y, a menudo, elemento desencadenante— pasa a desempeñar un papel muy nominal ante la emergencia de factores como los enfrentamientos de clase que se producen en el marco de luchas más o menos abiertas por la tierra, la participación ambigua del gobierno, y otros elementos no menos sugestivos como los viejos odios familiares, los acendrados sentimientos religiosos, el machismo, la fantasía erótica, la presencia del ritual y de la magia en un pueblo para el que la realidad es una constante negociación. Estos y otros muchos elementos constituyen la atmósfera que, a manera de interpretación implícita, no formulada, envuelve los hechos relatados.

Los personajes-narradores fueron determinados por el autor con el criterio de dar cuenta de los casos más representativos de las diferentes situaciones y modalidades a través de las cuales la Violencia tuvo expresión. Entre ellos están el conservador-espectador horrorizado, el simple soldado que obedece órdenes, el pájaro sicópata y sanguinario, el chulavita convencido de la legitimidad de su causa, el campesino liberal forzado a una existencia nómada, la rebelde que no puede aceptar pasivamente que a su familia y a sus copartidarios los exterminen sistemática y ferozmente. Cada uno de ellos da su propia versión de los hechos, cargando las tintas que más se avienen con su propia experiencia, tratando de balbucear sus propias explicaciones necesariamente estrechas y sesgadas; pero todos concluyen invariablemente en la inutilidad de un sacrificio que se les impuso desde fuera y que sólo terminó cuando a esas mismas o a otras fuerzas externas no les convino seguir manteniendo viva la orgía.

Es una intención manifiesta del autor situar los hechos en diferentes regiones del país, en cada una de las cuales la Violencia asumió características peculiares; sin embargo, la mayoría de las historias resultan concentradas en territorios del Valle del Cauca y Tolima, donde se logra seguir el proceso con bastante minuciosidad, mientras que una región de tanto peso como los Llanos Orientales, donde el autor enuncia un tipo estructural de violencia completamente diferente, no recibe más que la mirada fugaz de un soldado en campaña, pudiéndose decir que lamentablemente el estudio de este importante caso se queda en la práctica por fuera de la obra.

Al lector acostumbrado al texto de corte académico *Los años del tropel* puede dejarle la sensación de que algo falta; quizás un capítulo final que sintetice el panorama esbozado y que proponga algunas conclusiones de carácter explícitamente interpretativo; o dicho de otro modo, que ponga en relación los hechos narrados con la posición teórica que el autor expresa en la introducción. Pero si se consideran la solidez y la riqueza de los relatos, resulta difícil exigir más de lo que se ha obtenido. Razones estilísticas, teóricas o metodológicas tendría Molano para no avanzar más en los alcances de este trabajo; pero el lector puede darse por muy bien servido contando con una materia prima tan sugestiva para elaborar a partir de ella sus propias conclusiones.

MIGUEL ANGEL LOZANO

GONZALO SANCHEZ Y RICARDO PEÑARANDA (Compiladores): *PASADO Y PRESENTE DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA*, CEREC, Bogotá, 1987.

Gracias a una acertada compilación, Gonzálo Sánchez y Ricardo Peñaranda, mediante el Fondo Editorial CEREC, le ofrecen al público estudioso del tema el libro *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, de varios autores. No es, sin embargo, una compilación más. El lector encuentra allí una *forma diferente* de hacer la historia de la Violencia, renovadora en su concepción e interpretación, precisa en la formulación de problemas y perspectivas de investigación.

A lo largo de más de 15 ensayos, todos polémicos, la Violencia se nos aparece en sus múltiples determinaciones y enfoques: la política, los partidos y las guerras en el siglo XIX; estudios regionales para el Quindío, Magdalena Medio y el sur del Tolima; las manifestaciones simbólicas del 9 de Abril; la intervención estatal hasta 1946; los antecedentes agrarios; el punto de vista del ejército y el liberalismo; todo ello enmarcado en un balance y reflexiones críticas sobre lo producido hasta el momento. Como puede observarse, la magnitud y el mismo contenido hacen imposible reseñar todos los análisis.

Por qué es una forma diferente de hacer la historia? Ante todo, porque se refleja el "abandono paulatino del economicismo y el esquematismo", y, después, por la multicausalidad atribuida a los estudios. De ahí que sea de utilidad máxima la "Reflexión crítica sobre el libro *La Violencia en Colombia*"; ensayo preparado por